

casa, por momentos parece que oyéramos el ensayo de las gaitas persiguiendo las melodías. Y la prueba mayor de que no sólo el recuerdo de Toño sino también su legado musical están vivos, vigentes, la constituye el testimonio de los músicos que se asumen a sí mismos como sus legítimos continuadores.

La biografía de Toño es a la vez una recreación de la vida cultural de San Jacinto, en especial de las manifestaciones del saber popular —la medicina de las plantas, el cultivo del tabaco, las creencias y los rezos— así como de sus personajes sobresalientes como Clemente Manuel Zabala, quien indujo a Manuel Zapata a reunir a los gaiteros de San Jacinto, o el culebrero Juan Olivera, cuyas culebras jugaban con las gallinas sin salirse del patio y bailaban gaita corrida hasta que una lo mordió en la boca.



Cabe destacar en el testimonio de Antonio Nieto el patético momento final de Toño que hace patente la indolencia del país con sus verdaderos héroes, los creadores, cuando su esposa debió trabajar intensamente durante tres meses en la confección ininterrumpida de hamacas para poder pagar los gastos del entierro del compositor de piezas como *La maestranza*, *Candelaria*, *La escoba*, *Magdalena Ruiz*, *Zoila*, *La camisola*, *María de los Reyes* y *Tres golpes*, entre muchas otras, que lograron escucharse en su tierra y fuera de ella, llevando el nombre de San Jacinto hasta los confines del mundo,

despertando a los dormidos y a las mujeres solas y abandonadas.

El libro es un valioso llamado de atención sobre una forma de expresión cultural genuina pero poco valorada, la gaita, en la que se integran las diversas ramas de la cultura caribe —la indígena, la afrocolombiana, la europea—: esta falta de reconocimiento de las expresiones genuinas de un pueblo, como bien lo señala también Antonio Nieto, ha tenido sus efectos devastadores al cortar la comunicación de los hombres con las fuerzas ancestrales y pervertir la armonía: la prohibición de la música de los gaiteros para celebrar la Navidad por parte de un sacerdote español parece estar en el umbral de la violencia que ha asolado los féculos Montes de María la Alta.

Lo más memorable del libro, además de algunos momentos como la piquería con Ramón Vargas y Adolfo Pacheco, es la revelación, en el retrato del compositor, de las dotes de narrador de Numa Armando, que nos hacen pensar que nada de raro tiene que los diversos ríos del saber que fluyen en los primeros libros de la trilogía, con sus puntuales conocimientos de historia, filosofía, literatura y geografía, entre otros, desemboquen tarde o temprano en el mar de la novela.

ARIEL CASTILLO MIER

Armar el rompecabezas... escribir una historia

Orlando Rivera,:
Figurita entre comillas

Heriberto Fiorillo
Ediciones La Cueva, Barranquilla,
2005, 143 págs.

Las memorias de García Márquez han suscitado molestias entre quienes fueron de seguro sus amigos en su terrible y fecunda época de hom-

bre pobre, infeliz e indocumentado. Muchos de quienes le prestaron plata o libros, o lo invitaron a comer o a parrandear, o le regalaron el periódico donde se publicaba alguno de sus primeros cuentos, hoy se quejan por no aparecer en ese espejo oblicuo pero insoslayable de la historia y la vida cultural caribeña y del país de los años veinte a los sesenta que es *Vivir para contarla*. Uno de los personajes privilegiados en los recuerdos del Nobel fue Orlando Rivera, Figurita, ligado a la trayectoria real y legendaria del Grupo de Barranquilla, quien figura no sólo en *Vivir para contarla*, sino también en *Memorias de mis putas tristes*, y a quien GGM le había dedicado un par de columnas en sus comienzos como periodista.



¿Quién fue Orlando Rivera como persona y como artista? Esta pregunta puntual es el hilo que ordena la trama de este libro de Heriberto Fiorillo, que comienza y termina en el instante cenital que ilumina el periplo vital del pintor barranquillero, su muerte confusa, un sábado de carnaval, de regreso a su casa (de la que había salido quince días antes) en la carroza de carnaval que había diseñado para el desfile de la reina de Bolivia en la Batalla de Flores. Como la reina no asistió, Figurita, pintado de azul y rojo, en pantaloneta, con cintas de papel en el cuerpo, olvidado de sus dos hijos y de la mujer, embarazada de un tercero, volando bien alto, en otro mun-

do, se había trepado a la parte superior de la carroza para repartir besos como toda una reina. En la carretera de La Cordialidad quedó su cuerpo tendido sobre el pavimento como le había ocurrido, en otros carnavales, al escritor Víctor Manuel García Herreros, renovador del cuento y la crítica literaria en Colombia, y como habría de ocurrirle al buen cantador Eduardo Lora, guacharaquero de Andrés Landero, y al poeta y actor Raúl Gómez Jattin, entre otros.

Jorge Luis Borges, en su aprendizaje como narrador, descubrió que lo esencial al contar la vida de un personaje es hallar ese instante en el que éste sabe para siempre quién es: ese momento a menudo coincide con el de la muerte que con frecuencia y de manera paradójica revela la clave de la existencia cuando ya nada puede hacerse para mejorarla. De cualquier manera, para Borges, despejar esa incógnita es como morir en vida, pues, en adelante, ésta no ofrece ni misterios ni sorpresas. Fiorillo, con todo acierto, inicia su retrato de Figurita justo con su tragicómica muerte, en pleno carnaval, disfrazado y borracho y solo que, fue, como pedía el poeta Rilke (quien murió por la herida que le causó la espina de una rosa roja: "Señor, da a cada cual la muerte que le es propia. / El morir que de aquella vida brota, / En la que tuvo amor, sentido y pena"), su muerte propia.

Figurita le había confesado a Eduardo Vilá: "A mí me gustaría morir en carnaval", y en los versos de un porro compuesto por él, *La abarca*, había condensado su filosofía vital: "tres puntos tiene la vida, / nacer, pintar y querer". Aunque el dolor y el sufrimiento fueron dos compañías inseparables desde su nacimiento (primero, debió convivir con el padre alcohólico y, después, padecer los desencuentros con el rígido padrastro que una vez lo metió en la cárcel, y con la familia de su esposa que lo discriminaba por negro), Figurita las ignoró deliberadamente y logró sobrevivir gracias al bálsamo del arte y su poder catártico, y a su empeño por hacer de su

vida una eterna fiesta de disfraces, llena de risa, baile, chistes, juegos de palabras, mímica, desparpajo, camisas de colores chillones, amistad sincera hasta la complicidad, religiosa dedicación al cultivo y al culto de una bohemia sagrada por bares, burdeles, buses de Baranoa, cafés, circos, conventos, galerías, salones de baile y teatros, dejando en cada uno el sello imborrable de su existencia simpática y positivamente intensa y creativa. En consecuencia, la mejor manera de ponerle el punto final a ese carnaval era con arma de ron blanco y maizena y al compás de la cumbia o el chandé, interpretado con flauta de millo, alegre, llamador y maracas.



Fiorillo emprende una minuciosa indagación en la prensa local y nacional y entrevista a las personas pertinentes, recoge los fragmentos dispersos, las esquirlas del espejo roto de la memoria, los reúne y ordena con sus respectivas comillas, para levantar, a punta de palabras, el retrato del retratista. Digna de destacar es la economía del texto, sus historias llenas de sobreentendidos, sin enfatizar lo obvio, y con mucho respeto, sin calificativos morales.

Como en su libro *La Cueva. Crónica del Grupo de Barranquilla*, a Fiorillo lo que le importa aquí es la vida, la anécdota que sirve de marco y fuente de inspiración a la obra,

más que la obra misma, que en últimas, es la que explica y justifica la indagación en los recovecos del periplo vital del hombre. Fiorillo quiere recobrar, a través de las palabras, un modo de vivir a plenitud, en vías de desaparición, el de los artistas, que se instala en los límites borrosos de la cordura y la locura, signado por el talento y la vitalidad sin bordes, próximo a la desmesura, rebelde a los corsés de la costumbre, a lo que Cepeda Samudio llamaba la ingeniería del concreto armado.

Al igual que en su libro, *Arde Raúl*, Fiorillo retrata aquí a un artista marginal como Raúl Gómez Jattin, marcado por la locura, la adicción a la droga, la genialidad, la ingenuidad, la fuerza y el anacronismo, a quien el arte redime y dignifica.

Mediante los testimonios de sus amigos costeños (Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas, Alejandro Obregón, Gabriel García Márquez, Sonia Osorio, Álvaro Cepeda Samudio, Marceliano Solano, Carlos Flores Sierra, Néstor Madrid Malo, Juan Eugenio Cañavera, Alfredo de la Espriella) y de sus amigos paisas (Carlos Castro Saavedra, Óscar Hernández, Gonzalo Arango, Alberto Aguirre, Mario Montoya, Elkin Mesa, Guillermo Gaviria y Luis Lalinde), además de sus familiares (su esposa Sol, su hijo Fabián, que disfruta en el libro de todas las graffías, y su sobrina Nelly Maury Rivera), nos vamos enterando de las múltiples facetas de Figurita: ceramista, pintor, dibujante, estudiante de pintura en Bogotá, caricaturista de *La Razón*, profesor de dibujo en Baranoa, publicista en Medellín, diseñador de carrozas en Barranquilla y en donde hubiese ferias y carnavales, soldado, boxeador, bailarín de mambos en el circo, empresario de boxeo, ronero y marihuano en todas partes, sindicalista de locos en su sitio preferido para las vacaciones (el manicomio), chulo de hetaira vieja, amante de domadoras de tigres, compositor y escenógrafo.

Se destacan en esta semblanza los episodios pintorescos que singularizan su vida: los diálogos en voz alta con Dios, la meada de la alfombra

de la gobernación delante del gobernador; la retirada de los cuadros del VIII Salón de Artistas Nacionales y su exposición en los árboles de la avenida Caracas en protesta por el fallo, en pleno invierno bogotano, lo que obligó al generoso dueño del café El Automático a brindarle sus instalaciones para salvar las obras; la sacada de los dientes para disfrazarse de Gandhi; la pérdida de los zapatos en cada borrachera; el viaje a La Habana en automóvil; el perro alimentado con puro maíz; las encerradas, con llave a su esposa Sol, ex monja, peores que las del convento, mientras él se iba de parranda por varios días.

Con los diversos testimonios, Fiorillo arma un cuadro objetivo que abarca las múltiples caras del hombre, la angelical y la demoníaca, la del caballero y la del drogadicto desarrapado, la del amigo del hampa y de los artistas más importantes del Caribe colombiano en el siglo xx, la lucidez política y la ignorancia literaria, destacando su aferramiento, como una tabla de salvación, a la pintura, con las puras uñas, pues no contaba ni con lienzos ni pinturas ni pinceles y tenía que alumbrarse con la luz precaria de un mechón.

Figurita lega a la sociedad una obra pictórica (de la cual hay una interesante, aunque breve muestra, en este libro) en la que desarrolla un atento a las raíces profundas de la identidad nacional, con temas locales, tratados con independencia de las escuelas metropolitanas y cercanía al saber popular, testimonio de un mundo violento e injusto, presentado con vivos y cálidos colores caribeños. Por su obra desfilan escenas representativas de las costumbres y la dura comedia humana del Caribe y de Colombia —riñas de gallos y de caballos, la gallina que huye del palo de la escoba del ama de casa, los voceadores de prensa, la vendedora de pescado, el espantapájaros, los campesinos, los silleteros, los habitantes de los suburbios—, de la vida bohemia con sus seres marginales y pícaros —la flor del arrebata machos, la mujer y el pianista, los acordeoneros, los bailarines, los serena-

teros—, de la vida infantil —niños con sus trompos, cometas, muñecas y caballitos de palo— y del imaginario religioso —el Cristo de los brazos caídos, la maternidad, las monjas—, entre los cuales sobresale un mural sepultado bajo otra pared, en el que aparece Jesús arrojando a los mercaderes del templo y los rostros de los mercaderes corresponden a algunos miembros de la sociedad barranquillera.

Un aficionado antioqueño a la pintura, Mario Montoya, describió a finales de los años cincuenta el universo de Figurita, destacando su visión nada estereotipada del universo caribe:

Esas muertas aldeas de la Costa batidas por la ruina. Pueblos con mucho de mundo, con peso de pasado y de recuerdos espesos, de antiguas historias familiares, casi faulknerianas... con sus gentes contenidas y castellanamente severas tan diferentes a la imagen superficial y casi gratuita del costeño farandulero que se tiene en el resto del país.

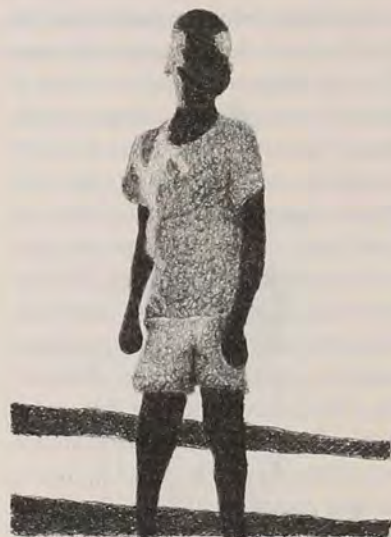
Cuánta similitud con un Macondo que para esa época no se había consolidado aún en la obra de García Márquez.

ARIEL CASTILLO MIER

¿Protagonistas travestidos o personajes disfrazados? Contingencias y dilemas del posfeminismo...

Según Alice Jardine, “los discursos claves en Occidente —filosofía, religión, historia— han tenido que confrontar, desde el siglo XIX, un nuevo espacio que se niega a permanecer silencioso dentro de su marco

de representación”. Que este nuevo espacio es femenino, nadie lo duda, ni que “el sujeto-mujer se convierte allí en una suerte de filtro para cuestionarlo”. Sujeto-mujer adscrito a la materia textual y, por lo tanto, digno de análisis... ¿Quién puede negar que en los últimos decenios el interés por el lenguaje como institución sexuada ha venido abarcando una *inteligentsia* antes refractaria? Antes refractaria, sí, pero de pronto dispuesta, abordable, ansiosa de “cuestionar la figurabilidad, el estatus simbólico de la imagen, los caminos e *impasses* de la narrativa —lidiando la literatura, la misma sustancia literaria”¹.



Con respecto a las letras latinoamericanas, ¿se puede acaso hablar de un *antes* y un *después* del movimiento feminista? Heredero de la *new left* estadounidense y del *mai soixante-huit* francés, éste contagia y se contagia como una epidemia a partir de los años setenta². Amordazados por gobiernos totalitarios, los países del cono sur de América ceden en esa época la prioridad al mundo andino en cuanto a manifestaciones y organizaciones militantes. Sin embargo, las mujeres argentinas, uruguayas, chilenas y paraguayas se esfuerzan desde un exilio europeo o americano, protestando contra la discriminación en la vida civil, política y cultural. Entre tanto, México surge como un país pionero en publicaciones feministas y una tierra de asilo para